

“¿Es ilustración que en un país libre, rico y privilegiado de la naturaleza, se deje el Coliseo y sus actores en tal abandono que dé lugar á que los extranjeros nos miren con aire de desprecio?”

“¿Es ilustración que haya un santito en su capillica á la entrada de la mansión de Talía y Melpomene, en medio de los fétidos olores que despiden las cloacas é inmundicias que tienen que atravesar los concurrentes?”

“¿Es ilustración que una parte de éstos atiendan sólo al argumento de la pieza cuando es nueva, y que cuando no lo es se pongan en tertulia y armen tal susurro que se moleste el espectador más atento aunque sea sordo?”

“¿Es ilustración que se hable con tal furor en los palcos inmediatos al proscenio que se confunda el eco con el de los actores?”

“¿Es ilustración que se fume cuando la cortina esté levantada y que en el pasaje más patético se sienta sacar lumbre á los que no pudieron esperarse un poco?”

“¿Es ilustración que estando el público más interesado en el desempeño, de un buen drama salgan en el entreacto con sus cantatas la Esquivel, Maya ó Rocamora á arrebatarse toda la ilusión á los espectadores?”

“¿Es ilustración que haya quien quiera formar partidos en el patio para dar silbidos, y quien diga que es mejor el *Solitario* de Cristiani que las óperas de Rossini, que hemos visto medianamente ejecutadas por los esfuerzos del Sr. Castillo?”

“¿Es ilustración que cuando sale la Corderito ó Isabelita á divertir con sus honestísimos y decorosos meneos, salgan también á la escena aquellos zamacucos que tocan y cantan, y que por cada bastidor se vea un grupo de muchachos y criadas trápientas formando un cuadro de zahurda?”

“¿Es ilustración que no haya un juez de carácter que contenga estos abusos y haga entender á la Sra. Cecilia Ortiz que no debe invertir el orden de la Compañía ni obstruir sus funciones, ni insultar groseramente á los que ajustaron las cuentas de su señor marido porque no salieron á su gusto?”

“¿Es ilustración el no haberle contestado al sonetero que deliró por amores de la Sra. Ortiz, y metió en la danza á todo el patio cuando hubo hombre que bostezó veinte veces al oír los gipidos y altisonantes, oscuros y monótonos de esta señora con que tanto ha acreditado el ningún conocimiento que tiene del arte que profesa?”

“¿Es ilustración consentir que cualquier zarramplín enamorado, enemistado ó arrimado á las cómicas y cómicos tome el nombre respetable del público para estampar en sus escritos lo que se le viene á las mientes y conviene á sus miras?”

“¿Es ilustración que los amantes de la justicia estén callados, y sin

contestarlos dejen correr impresos en los periódicos de esta Capital los fárragos indecentes en que se critican las comedias de Solís, se celebran las del remendón Castañeda, y se deprime el mérito del Sr. Garay, que es el único que hemos visto con conocimiento de lo que es acción, gesticulación y declamación?”

“¿Es ilustración dejar que exasperen á un actor distinguido que más de una vez se ha calzado el coturno, mientras se sufre que Arias no estudie, que Luciano esté sordo, que Melquiades se equivoque siempre, que el apuntador grite, que las damas vistan como quieran sin ninguna propiedad, que nos presenten decoraciones llenas de roturas y manchas y que nos estén exhaumando con el humo del maldito aceite que emplean en sus luces?”

“¿Y será ilustración, por último, que la temporada entrante caiga el teatro en manos mercenarias que no atiendan más que á su provecho, y que el Gobierno deje abandonado este barómetro de la cultura de los pueblos, privando además las piezas que tanto contribuyen á desfanatizar á la muchedumbre y á cimentar la opinión y gloria de una República naciente?”

Estas y semejantes censuras se extremaron al concluir la temporada de principios de 1825, y léase lo que un revistero dijo acerca de ello:

“En la próxima pasada temporada estuvo el teatro en poder de los cómicos, y ya ha demostrado la experiencia que no valen maldita la cosa para asentistas. Se puede asegurar que es el primer año en las diversas ocasiones que lo han arrendado por sí, que han concluido la temporada. En el de 1817 ó 1818 se empeñaron en ser asentistas, y contrataron el teatro; pero se dieron tan buenas mañas, y procuraron conservar tal armonía, que á los siete meses no se las podían acabar unos con otros, de manera que para quedar en paz y que no faltase al público la diversión, se vieron precisados á traspasar sus derechos á D. Hipólito Ondraita, que asociado con otros sujetos sostuvo el teatro los años siguientes. En el de 1823 se les volvió á antojar el ser empresarios, y á los dos meses doblaron las manitas y anunciaron por papeletas impresas que no podían continuar con el cargo que voluntariamente tomaron sobre sí, dando el gran golpe de cerrar el teatro, á pesar de los razonables partidos que les proponían el Excelentísimo señor Jefe Político y Ayuntamiento, que no perdonaron sacrificio por evitar un acontecimiento tan desagradable. Pero los actores habían pronunciado el fallo y el teatro se cerró.

“Es bien notorio de la manera que concluyó la temporada última, y la paz y buena fe que presidía á sus deliberaciones: todas eran rencillas, todas intrigas. . . . ¡Pero qué intrigas! Todas desavenencias, artificios y trácalas miserables. En vez de reunirse para facilitar la ejecución de las piezas que hubieran agradado al público *que tanto afectan respetar y desean complacer* (¿pues, no te digo?) se ocupaban en inventar mo-

dos de obstruirlas y entorpecerlas, confiados en la paz y concordia de los abonados que satisfacían sin falta los recibos del mes adelantado, se les daba un pito de que rabiase al verse tan pésimamente servidos, con tal que no dilatasen el pago de sus asientos.

“De nada nos servía que hubiese dos galanes primeros y dos damas de mérito en su ejercicio. Si trabajaba Amador, no parecía Garay; y si este actor se dignaba salir á la escena, como si no existiese aquel en el mundo. Si la Sra. Montenegro desempeñaba la función, estaba enferma la Sra. Ortiz, y cuando esta actriz se restablecía de su indisposición traspasaba los males á su compañera, y con tan recomendable y bonita voltereta complacían sus pasiones á expensas del público, careciendo éste de sus habilidades, teniendo que contentarse con que las comedias fueran desempeñadas por los molonguetes, aunque otros menos sufridos conociendo las intrigas, daban al diablo (y el diablo no los quería), á los traviesos y sus travesuras. Cada uno de los actores nombrados tiene su mérito particular y también sus amigos y apasionados. Estos están contentos cuando ven á su predilecto en la escena, y nada habría más acertado que el que noche por noche nos favoreciesen con su presencia y habilidad.”

Todo quedó en suspenso con la llegada de la Cuaresma, y quedaron por únicos recreos las procesiones de pasos de la Semana Santa en los pueblos de los alrededores; hé aquí como, censurando las irreverencias que en ellas se cometían, las pintaba un papel de la época:

“De un año para otro se hace junta del vecindario, presidida por el juez territorial y asistida del párroco, en la que eligen bajo la pena de una multa arbitraria, el capitán de la sentencia, el centurión, el beato Alano, y otra caterva de ridículos farsantes. Llegado el día en que han de representar, dispuestos á la puerta de la iglesia y por las calles varios tablados que sustituyen los perversos tribunales de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos, colocada la imagen de Jesús en medio de la iglesia, sube el predicador al púlpito, quien después de hablar alguna cosa sobre la Oración del Huerto, llama á Judas que entra al templo en fuerza de carrera atropellando al auditorio: le pregunta el sacerdote sobre las señas que ha dado á los judíos para entregar á su Maestro, brinca aquél á las andas, besa el carrillo del Divino Redentor, enseña al pueblo la talega, mueve sus manos para llamar la comparsa, entran de tropel los fariseos, pregunta el predicador ¿á quién buscáis? Responden que á Jesús Nazareno: caen en tierra, da licencia el orador para que se levanten y le prendan, lo verifican con algazara, gritan las mujeres, hay lágrimas fingidas, etc., y baja el sacerdote del púlpito entre las aclamaciones de un pueblo carnal.

“Llevan la imagen á la puerta de la iglesia, en donde los simulados pontífices, que han cubierto sus corrompidos corazones con ropas y máscaras ridículas, pronuncian entre gestos y acciones burlescas la

sentencia de muerte contra nuestro Redentor, cuya escena repiten en los demás tablados.

“Fórmase después la procesión iluminada con hachas de brea, en que se ve uno blandiendo la pica que ya jugó dentro de la iglesia, otro montado en un caballo que va haciendo brincar, Judas dando talegazos á los espectadores, los rabinos tiran unas cadenas que descomponen muchas piernas, otros con una mesa en que juegan los dados, los pontífices tomando tragos repetidos de quién sabe qué licor, otros que también comen y beben representando el Cenáculo, el beato Alano con una muleta fingiéndose cojo, y con una lente que entre escandalosas morisquetas dirige á las mujeres más bien parecidas, ó á las que más lo inclinan sus desordenados sensuales apetitos, y otros disciplinándose. Sigue el carretón de la muerte, Longinos, San Lázaro desnudo y estirando un perro, luego las jóvenes más bonitas del lugar figurando á Judith, Rebeca, Débora, Esther, Viuda de Nain, reina Sabá, tres Marías, Verónica, Sibilas, muchas Rosalías y otra infinidad de truhanes que van llamando la atención de un pueblo divertido. A continuación van las imágenes de San Pedro, San Juan, la Magdalena y de otros santos, las que según mi parecer, acompañan á Jesús, á quien verdaderamente va crucificando la tumultuosa plebe. Entre estos santos simulacros se distingue la efigie del Redentor hecho el juguete de unas manos sacrílegas, que por medio de cordones la hacen caer y volver la sagrada cabeza con otros movimientos, según el antojo de sus espíritus groseros.

“Desde el Jueves Santo hasta el Sábado de Gloria el zafio indio que representa al Iscariote tiene derecho para meterse en casas y en tiendas y cogerse de ellas todo lo que le acomoda, sin que nadie se lo impida: los robados ponen sus espías para enterarse de donde el Judas esconde lo que se lleva. Llega el Sábado de Gloria, suenan las campanas que anuncian la Resurrección, y entonces, todos los despojados corren en busca del indio Iscariote y á palos y á pedradas con que medio lo matan, le exigen que les devuelva lo que les llevó, sucediendo que muchos objetos ya no parecen.

“Nadie podrá negarse á la justicia con que se declame contra estos desórdenes, y me admiro de verlos consentidos sin castigar á sus autores, principalmente cuando después de la infracción de las citadas leyes, y de los insultos hechos á Dios y á la religión, concluye aquella farsa con un gran refresco y cena, con que echando por tierra el precepto del ayuno, remachan los clavos en la cruz. Yo juzgo que semejantes excesos exigen imperiosamente un pronto remedio, como diametralmente opuesto á la santidad de la religión que profesamos, y porque cediendo su disimulo en destrucción de los pueblos, se debe obligar á sus vecinos no sólo á que sean buenos ciudadanos, sino tam-

bién buenos cristianos, respetuosos y obedientes á las leyes de la Iglesia y á las demás autoridades.”

El anteriormente citado profesor Esteban Cristiani, autor de la ópera *El Solitario*, el lunes 28 de Marzo de 1825 dió en los entresuelos de la casa de la Condesa de Miravalle, sita en la calle del Espíritu Santo, un lucido concierto, al precio de dos pesos la entrada. En él cantaron Andrés Castillo, la Gutiérrez y Amada Plata; Palomino tocó *un obligado* á violín y Cristiani una gran fantasía en el *pianoforte*.

Entre nuestros aficionados y profesores venía distinguiéndose D. Mariano Elizaga, quien, con apoyo del gobierno, abrió el lunes 18 de Abril de aquel año las clases de la “Sociedad Filarmónica,” en la casa núm. 12 de la calle de las Escalerillas, mientras se le proporcionaba un lugar á propósito. El domingo 17 de Abril se verificó en el salón general de la Universidad la apertura de la susodicha academia filarmónica, con asistencia del Presidente D. Guadalupe Victoria y la de todos los funcionarios públicos: por la noche hubo un gran concierto en el mismo salón, y el jueves 21 se cantaron en la iglesia de San Francisco misa y *Te Déum* en celebridad de esa inauguración y en honor de su patrona Santa Cecilia.

El arribo de Ward y de Poinsett, Ministros de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos ante nuestra República, suceso que hizo exclamar á Victoria en celebrísima y casi humillante proclama: “Llegasteis, mexicanos, al colmo de la ventura; la más poderosa de las naciones os enumera en su catálogo,” dió motivo á grandes fiestas, bailes y funciones de teatro. Uno y otro ministro presentaron sus credenciales en 1.º y 2 de Junio, y días antes, el 28 de Mayo, fueron obsequiados con un baile magnífico que les sirvió de presentación ante la más escogida sociedad de la Capital, muy entretenida con las fiestas de la Pascua que aquel año cayó á 25 del mes últimamente citado, fiestas animadísimas que llevaron á San Agustín de las Cuevas gran concurso, y dieron origen á enormes pérdidas y ganancias en los juegos de *monte* y de *gallos*. En cambio las lides de toros sufrieron un rudo golpe con la completa destrucción de la Plaza Nacional taurina, que en la madrugada del 9 de Mayo comenzó á incendiarse, cebándose las llamas en aquella enorme construcción de apolillada madera, con tal actividad, que en poco tiempo quedó reducida á cenizas.

A la vez que se fundaba nuestra primera Sociedad Filarmónica, creábase en el antiguo convento de Betlemitas y por el mes de Julio, la escuela mutua del sistema Lancáster. La sociedad de la Compañía Lancasteriana habíanla introducido en México el 22 de Agosto de 1822, los que entonces eran editores del periódico *El Sol*, D. Eulogio Villaurrutia, el Médico D. Manuel Cordoniu, el Lic. D. Agustín Buenrostro y D. Manuel Fernández Aguado, quienes desde luego abrieron la primera escuela mutua, que llamaron “El Sol,” con ca-

pacidad para una asistencia de trescientos niños, en el salón que fué del *Secreto* en la extinguida Inquisición. Circunstancia notable y que debe recordarse fué la de que en esa época el Gobierno no auxiliaba con fondos ningunos á la Compañía, la que atendía á todos sus gastos con la cuota mensual de dos pesos que pagaba cada socio. Puesto que un libro como mi humilde Reseña, puede servir para dar idea de nuestra cultura intelectual, no me parecen fuera de lugar estas noticias que algún día serán sin duda consignadas en libros especiales que hoy por hoy no han sido escritos. Mientras eso se hace, los que amamos á México no debemos desperdiciar ocasión de recordar los nombres de nuestros personajes distinguidos, á los cuales la ingratitud ignorante suele anteponer enojosas cuestiones de falso patriotismo, que envenenan los ánimos y reproducen odiosas é inútiles rencillas que nos empequeñecen y quitan el crédito ante la civilización.

Pero reanudemos nuestra relación de sucesos de 1825, año de agitaciones y desórdenes en la Capital, donde eran casi desconocidas la tranquilidad pública y la seguridad personal. A cada momento registrábase en México motines, robos y asesinatos, y el vecindario se veía afligido por enfermedades como el sarampión y la escarlatina, que causaron horrible mortandad aun entre los adultos, especialmente en la clase de tropa: según la estadística oficial, sólo en la ciudad murieron en Julio quinientas cuarenta y nueve personas, en Agosto mil setecientas setenta y siete, mil cuatrocientas diez y siete del 1.º al 15 de Septiembre, y novecientas cuatro del 16 al 30.

Fué necesario abrir suscripciones para ocurrir al socorro de tanta calamidad; la legislatura de México se apuntó con quinientos pesos, Mr. Ward, con mil; Santa María, Ministro de Colombia, con veinte onzas de oro, y el Cónsul inglés, O’Gorman, con tres mil ciento diez pesos, que reunió entre sus compatriotas.

En cuanto á lo de la inseguridad en que se vivía, sólo diré que en 3 de Setiembre el Sr. Mora, Presidente de la Cámara de Diputados, hizo pública la siguiente queja: “Hace unas cuantas noches que una partida considerable de bandidos recorre el barrio del Puente de Alvarado; esta misma cuadrilla que, á lo que se dice, se reúne en una pulquería que existe, contra el bando de la materia, que se llama de *La Niña*, ha saqueado varias casas y dado diferentes ataques á otras, entre ellas la de un comerciante llamado D. Alonso; por último, antes de anoche, un grupo considerable asaltó la mía á las ocho, sorprendiéndome en un gabinete donde escribía á la sazón, hiriendo á un criado y estropeando á mi madre y resto de mi familia, todos los que salvamos porque una criada logró subir á una azotea, desde donde llamó á los vecinos, uno de los cuales disparó una pistola, y al ruido huyeron los malhechores.”

*El Sol*, de 13 del mismo Setiembre, dijo: “A las siete de la noche

ha sido robada la casa del Sr. D. Juan Cervantes, en la calle de San Francisco, por una cuadrilla de diez hombres bien vestidos. Robaron cinco mil pesos, ataron á los criados, y cuando volvió Cervantes le maltrataron é hicieron entregar las llaves; á un amigo suyo que le esperaba le robaron cuatro onzas y le hirieron de una puñalada creyendo que iba á defenderse. Nada se notó por los serenos de las esquinas en una calle tan céntrica, estando situada la casa de manera que enfrente tiene la Guardia de la Audiencia del Estado, en una de las esquinas de la cuadra la guardia del Monte Pío, y en la opuesta el centinela del Coliseo. El mismo día, á las once, fué robado de la Catedral un atril de plata. No parece sino que los lazos de la sociedad se han disuelto en la Capital, y que los hombres están destinados á ser víctimas de una compañía de ladrones, que sin duda se ha organizado y es dueña de sus bienes."

Basta lo dicho para hacer notar que no era aquella época la más propicia para que los espectáculos teatrales progresasen: los moradores de México tenían miedo de alejarse de sus casas y de transitar por las calles después de las oraciones.

Sin embargo, D. Diego Ramón Somera, propietario entonces del Teatro Provisional ó de los Gallos, tuvo bastante dinero y entusiasmo artístico para proceder desde el mes de Mayo del dicho año de 1825 á su completa reconstrucción, obra bien necesaria, pues aquella antigua plaza de gallos ofrecía tan malas condiciones para teatro, como nos lo indica el aviso ó anuncio de su primera función de estreno que copié en el anterior capítulo, y dice: "la hora de comenzar será á las siete y media, *si el tiempo lo permitiere.*" Quiere decir que su techumbre, suficiente para proteger de los rayos del sol de la mañana á los aficionados á las peleas de gallos, no lo era para resguardar de la lluvia á los concurrentes á funciones nocturnas. La reconstrucción emprendida por Somera no fué mejor que la empleada en salas de su especie; todo se hizo de vigas y tablas, y la techumbre se revistió de hoja de lata; el conjunto y la vista interior del salón y del escenario eran agradables, y todo se compuso y adornó del mejor modo posible.

Su inauguración y estreno, se verificaron en la noche del 21 de Agosto con la comedia *La Niña en casa y la Madre en las máscaras*; el éxito fué grande, pues realmente el reformado Teatro de los Gallos ofrecía mucho más airoso aspecto que el pesadote Coliseo antiguo, con sus paredes como murallas de fortaleza. En la Compañía figuraban el *gran cantante de arias de música*, Andrés Castillo, el *bailarín*, Andrés Pautret, y la *graciosa bauladora de boleras* Manuela García Gamborino.

La sección de *cantarines y cantarinas*, bajo la hábil dirección de Castillo, puso con grandísimo éxito, y á 13 de Setiembre, en escena,

la ópera *La urraca ladrona*, y á 29 de Diciembre la no menos famosa y aplaudida *Tancredo*. La sección dramática estrenó allí mismo las tragedias *Sila* y *el Duque de Visco* y obtuvo grandes aplausos con las comedias *El Mendigo y Teresa*, *La familia nueva*, *Las cuatro bodas á un tiempo*, *Aventuras de Camula y Cobián*, *El disfraz venturoso* y *la Mogigata*. En 27 de Diciembre estrenó una comedia escrita en México con el título de *La puerta de tierra de Veracruz*. La sección de baile presentó á su vez las grandes pantomimas coreográficas: *Hossidg y Ovando ó los hermanos enemigos*, en tres actos; *Aider-Ali-Kan ó los celos del serrallo* en dos, y *Jasón en Corinto ó los encantos de Medea*, en tres.

El antiguo Coliseo sufrió un rudo golpe con la reapertura del Teatro Provisional, y para quitarle su público, la Empresa y los cómicos de aquél hicieron circular unos pasquines diciendo que el Provisional se hundiría con el peso de la gente, por estar construido casi todo sólo con madera. A este propósito dijo *El Sol*: "El nuevo teatro ha comenzado sus funciones; para evitar que el concurso en él fuese crecido, se fijó en las esquinas de varias calles un pasquín lleno de especies altamente subversivas, pretendiendo hacer asunto de partido lo que no lo es más que de diversión. Con este motivo, ha salido á luz un papel en que se inserta y rebate dicho pasquín, que no ha producido, en verdad, gran efecto, pues el Teatro Provisional ha estado muy concurrido en las tres noches que lleva de funciones y casi desierto el Antiguo. Sería de desear que ambos rivalizasen, no por tan ruines y punibles medios, sino compitiendo en el mérito de los actores y en la elección de las piezas. El público está ya demasiado ilustrado para dejarse llevar por los groseros impulsos que en el pasquín han querido darle: mientras que en un teatro se represente el *Anillo de Giges* y en el otro *La niña en casa y la madre en las máscaras*, es claro que las gentes ilustradas han de concurrir al segundo, no sólo siendo sus actores conocidos y estimados, sino aun cuando acabasen de llegar de Guinea. Así, pues, el modo de atender á los intereses de los pobres indios de San Gregorio, á cuyo Colegio han sido aplicadas las rentas del antiguo Hospital Real, desde Octubre del año de 1824 pasado, y de atraerse un gran concurso, no es más que mejorar el Teatro Antiguo y hacer que el público lo prefiera porque encuentre en él mayor diversión que en el otro."

El mismo diario, pasando revista á las funciones del Provisional, ó Moderno, ó de los Gallos, nos da las siguientes curiosas noticias:

"Haremos notar al Sr. Diego María Garay, Director de la Compañía de Verso, que tres tragedias consecutivas no han tenido el efecto que debían por la mala repartición de papeles, y éstas son los *Templarios*, la *Mélope* y el *Sila*, todas tres por no haber desempeñado el joven Cruz el papel que le tocaba, y haberlo hecho en la primera y

tercera la Sra. Manuelita Gamborino y en la segunda el Sr. Patiño.

“Para que las piezas salgan bien desempeñadas, es necesario acomodar los papeles al genio, carácter y personal físico de los actores: la Sra. Gamborino desempeña perfectamente los papeles de una joven franca, natural y viva, ya sea juiciosa ó coqueta, como lo hemos visto en *La niña en casa*, en *El seductor moralista*, en el *Fingido Estanislao* y en la *Terrible noche de un proscrito* y otras; pero este carácter, su bonita figura, y su poca edad, que, vestida de hombre, parece menor, no son á propósito para expresar la fiereza y heroísmo de un guerrero; se pierde la ilusión, principalmente en el *Sila*, en cuyo fin es nombrado cónsul el personaje que figura, empleo para el que era necesario tener una edad que no representa la Gamborino vestida de hombre con mucha deferencia. Esta mutación la he visto ejecutar en Europa en algunas óperas en que por falta de hombres que desempeñen la voz de contralto, lo hacen mujeres; pero en las óperas no es extraño, porque en ellas ni se busca el argumento ni la ilusión, sino la música y la consonancia de las voces.

“El Sr. Patiño no es á propósito ni por su físico, ni por su voz, ni por nada, para desempeñar el joven *Ejisto* de *Mélope*; pero sí haría bien á Catilina en el *Sila*, desempeñando Cruz el papel de *Fausto*.

“Sin embargo de esto, yo doy las gracias al Sr. Garay por el deseo que tiene de servir al público, y á la Gamborino porque no se excusa de trabajar, haciendo más de lo que puede y de lo que es su obligación. A Garay le pido que alternen las óperas que saben y dejen descansar al *Tío y la Tía*, el *Secreto*, el *Marinero*, y la *Travesura*, y que muden la repartición de papeles de *la Italiana*, haciendo Martínez al *Bey*, Castillo á *Lindoro*, y Maya á *Aly*. Nada digo en punto á damas de música, porque se ha repetido mucho sobre el asunto, y parece que en la compañía de canto la *primera* ha de hacer á la *primera*, véngale ó no le venga.”

En otra revista el mismo crítico decía: “Nos tomamos la confianza de manifestar al Sr. Garay lo disgustado que se halla el público por el ningún aprecio á las insinuaciones para que no tengan lugar los *sainetes*, *tonadillas* y *piezas de baile* en los intermedios, pues es sumamente impropio interrumpir el curso de los argumentos con frivolidades de aquella clase.

“Tampoco se ha alternado el trabajo de drama, ópera y baile como se había ofrecido: si las causas son enfermedades de los primeros actores ó actrices, claro está que podían y debían sucederles las segundas clases. Por ejemplo, que Madama Pautret se halle enferma, que no lo dudamos y sentimos en extremo, no es un inconveniente para que deje de haber baile, pudiendo tomar su lugar la Sra. Gamborino, á pesar de que su mérito no llenará el hueco de aquella señora su maestra.

“Además, aunque el público sufre ser espectador de malísimas pie-

zas de representado, canto y baile, jamás esperó pantalones remendados del Sr. Fernández, y otras ridiculeces como las que frecuenta el Sr. Maya en actitud de esprimir naranjas. . . .”

Concluyamos con la historia de los espectáculos en la Capital durante ese año de 1825, que en su mes de Setiembre vió nacer la funestísima á México asociación masónica de los *Yorkinos*, fundada por D. José María Alpuche é Infante, cura de una parroquia del Estado de Tabasco y Senador por el mismo Estado. Por fortuna, si México hubo de lamentar y por largos años esta desgracia, túvose la grata suerte de que el Brigadier D. José Coppinger, Gobernador del Castillo de Ulúa, se viese obligado á capitular con el Gral. D. Miguel Barragán en 17 de Noviembre y hacer entrega de la fortaleza, en la que hasta entonces había ondeado la bandera española y en la cual á las once y media de la mañana del 23 del citado mes, enarbó el general vencedor el pabellón mexicano, en grato anuncio de haber cesado por completo la ocupación española iniciada por Hernán Cortés.

En la Capital se hizo pública oficialmente la noticia de la rendición de San Juan de Ulúa, á las dos de la tarde del miércoles 23, entre el estruendoso repique de las campanas de todas las iglesias, el estrépito de los cañonazos y el vocerío alegre de las multitudes. D. Guadalupe Victoria expidió entusiasta proclama que empezaba así: “Conciudadanos: el pabellón de la República tremola en el Castillo de Ulúa. Yo os anuncio con indecible gozo que al cabo de trescientos cuatro años han desaparecido de nuestras costas los pendones de Castilla.”

El suceso inspiró á un poeta el siguiente soneto, que tomo de un periódico de la época:

“Salve mil veces, país afortunado,  
pues cuentas con la vida interesante  
del diestro General, del digno Atlante  
que tu concepto y gloria ha asegurado.

“Su celo infatigable, su cuidado  
ha sido en tu defensa tan constante,  
que no pudiera ser más vigilante  
el genio de la guerra celebrado.

“Viva edades sin fin, y su existencia  
sea el apoyo feliz del patrio suelo,  
y de su memorable independencia.

“Y pues á Barragán conserva el cielo,  
alabemos de Dios la omnipotencia  
que ha dado á Veracruz este consuelo.”

Cierro el capítulo copiando el programa de la función que en 17 de Noviembre dió el Teatro Provisional, y dice: